

SIERRA DEL ALJIBE P.N. Los ALCORNOCALES Marzo 2014

SIERRA DEL ALJIBE

Marzo 2014

Afuera hacía frío y el viento aullaba colándose por todas las rendijas. Nos acomodamos en una mesa junto a la chimenea adornada de cuernas de "venao". Miré por la ventana de aquella venta en medio de la nada y vi la inconfundible silueta de la Sierra de las Cabras. Era noche casi cerrada y el Levante aún soplaba con fuerza zarandeando las ramas de un árbol al otro lado de la carretera.

De pie en la barra y vestidos de verde, guardas, coteros, medioseñoritos y rehaleros disertaban de corzos, veda, cuernas y trofeos. Nosotros..., a lo nuestro.

Y al calor de aquella generosa lumbre gastamos lo que nos quedaba de día. Allí, tranquilos, relajados y sentados en unas sillas de enea, tomamos a sorbos un reconfortante café. Echamos un buen rato hablando de lo que había dado de sí el día, del Levante, de las especies botánicas que habíamos observado, de la belleza de los parajes que habíamos recorrido, de nuestras próximas salidas al

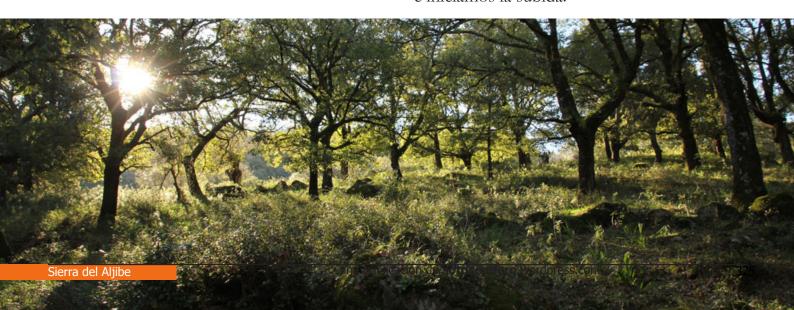
campo, y otra vez del Levante,... y otra vez más.

Y es que el fuerte viento no nos dio tregua, fue nuestro inseparable compañero y no nos abandonó ni por un instante. Y esto que relato es lo que aconteció en esta jornada de senderismo de más de 19 kilómetros.

14 horas antes...

Sonó el despertador muy tempranito, como que a las 6 y media de la mañana, eran las 8 y ya estábamos desayunando en la Venta Andrés. Media hora más tarde cruzábamos Alcalá de los Gazules, sorteando sus elevados pasos de cebra, camino de Puerto de Gáliz.

Llegamos al punto de partida, abrimos la puerta del coche y caímos en la cuenta de que hacía "fresquito". Una vez más maldecimos al "tíodeltiempo". Nos abrigamos lo que pudimos, nos echamos la mochila a la espalda e iniciamos la subida.





movíamos por una empinada ladera cubierta de alcornoques y tapizada de un helecho de hojas secas por estas calendas: *Pteridium aquilinum*.

Mirabas hacía abajo y todo un enjambre de alcornoques, de troncos descortezados de tonalidades rojizas, pujaban por ocupar su lugar, en la otra

Sorteamos dos angarillas y seguimos el sinuoso sendero bajo el dosel forestal. A nuestra derecha el Arroyo Pasadallana bajaba alegre y ruidoso, creando pequeñas cascadas y saltos de agua.

Por aquel canuto sombrío subimos protegidos del viento, y es que el Levante silbaba peinando las laderas boscosas mucho más arriba. Dejamos atrás aquella piedra de molino, en medio del bosque, donde me fotografié con mi familia meses atrás, llegamos a la ermita derruida, cruzamos el llanete donde estaba el horno de piedra y tomamos el sendero de la izquierda que nos llevaría a coronar la cota máxima del PN Los Alcornocales: El Pico del Aljibe (1.091m.)

Poco a poco cogimos altura y el sendero se separó del arroyo. Allí quedó, en lo más profundo de la sombría garganta, ruidoso, como protestando por habernos ido. Nos







vertiente árboles aún más altos. Y en lo más profundo de la garganta, el Arroyo Pasadallana, ruidoso y protestón.

Ladera arriba se volvieron a unir sendero y arroyo. Unos metros más adelante nos topamos con una enorme formación rocosa en medio del bosque, si la piedra era alta los árboles lo eran mucho más. Quejigos y alcornoques poblaban aquel lugar.

Unaagradableluzsefiltraba entre las ramas de los árboles. Escuálidos arroyuelos bajaban presurosos y ranúnculos amarillos decoraban el suelo del sotobosque, cubierto de hojarasca.

Nos aproximamos al agua y conseguimos ver los primeros ojaranzos, de hojas brillantes y lustrosas..., diferentes. En este lugar el arroyo discurría tranquilo y pausado, pequeños saltos de agua aquí y allá. La ladera que teníamos enfrente era empinada y aparecía poblada de un espeso bosque donde no se filtraba ni un solo rayo de sol.

Continuamos con nuestro deambular por aquellos apartados lugares y llegamos a un paraje único. Allí, en lo más

profundo del bosque, nos encontramos con un hermoso salto de agua. Tan fotogénico que cumplía hasta con la Regla de los Tercios, una enorme piedra cubierta de líquenes con una cascada a la izquierda. Un lugar más propio de los trópicos que parecía estar localizado en las selvas o bosques lluviosos de Costa Rica.

No me lo pensé ni por un instante, saqué mi pequeño trípode de la mochila, lo desplegué, le encajé la cámara, coloqué a los figurantes, ajusté el disparador, pulsé, me situé en la escena y clic, ya teníamos la portada para el disco..., para cuando nos diera por la música, claro.

Y la imagen captó a un grupo de cinco amigos con un objetivo bien marcado: subir a lo más alto de los Alcornocales desafiando al fuerte viento de Levante.

Retomamos el sendero y mucho más arriba nos topamos con otro salto de agua, no tan vistoso como el anterior pero sí mucho más alto.

Dejamos el arroyo allí abajo en lo más profundo de la garganta y seguimos ladera arriba, pasito a pasito, lo que viene siendo "despacito y con buena letra". Deleitándonos a cada instante con la belleza de aquel lugar, deteniéndonos ante lo majestuoso y lo minúsculo. De hecho encontramos un enorme alcornoque que no fuimos capaces, los cinco, de abarcar su tronco. No nos cogimos de la mano, que conste.

Vadeamos algunos escuálidos arroyuelos tributarios del Pasaballana, uno de ellos de aguas ferruginosas, de tonos rojizos. Pequeños meandros cubiertos de una fina arena donde observamos huellas de corzos y ciervos.







El bosque se fue aclarando y llegamos a una ancha pista forestal. La seguimos unos cinco minutos y después volvimos a adentrarnos en la espesura del bosque. Seguimos ladera arriba por el Canuto del Moro deteniéndonos de vez en cuando para recuperar el aliento.

A esa cota nos topamos con ejemplares de helecho macho peludo y unos metros más

arriba con un enorme alcornoque abatido que yacía en un claro del bosque, nos llamó la atención que ningún ejemplar joven intentara ocupar su puesto.

Subimos de cota hasta que desapareció el bosque y comenzamos a atravesar una zona de matorral muy característica del PN Los Alcornocales: La Herriza. Se trata de una



comunidad vegetal de pequeño porte que alberga algunos endemismos muy interesantes. Jaras cervunas, aulagas, robledillas, callunas, brezos, y atrapamoscas poblaban aquellos parajes.

Un poco antes de alcanzar la cima encontramos un bosque de roble melojo que aparecía desnudo por estas calendas. Las agallas decoraban las delgadas ramas de algunos ejemplares. Dejamos atrás el

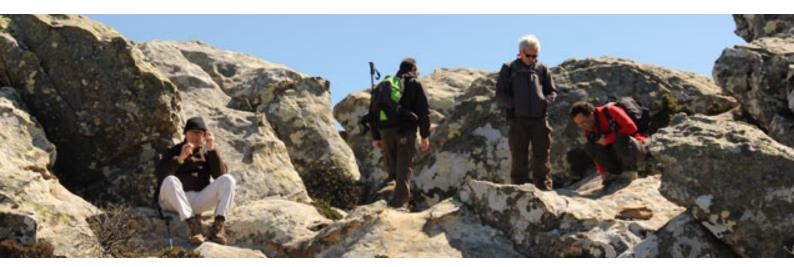
bosquete y continuamos con nuestra marcha.

Y por fin llegamos a la cumbre donde soplaba un viento de mil demonios. Desde aquel lugar privilegiado las vistas



eran impresionantes. Me dispuse a disparar a diestro y siniestro para montar una de mis panorámicas y caí en la cuenta de que ya tenía una desde este mismo sitio, entonces desistí de la idea.

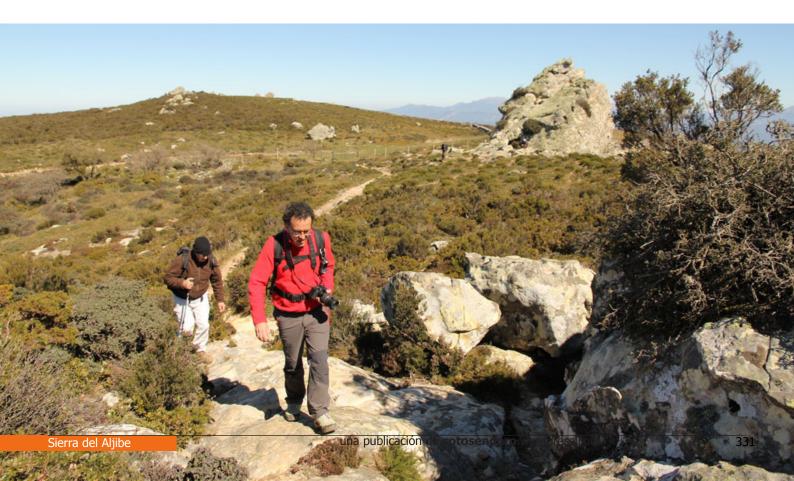




Mientras mis compañeros de expedición estaban en el vértice geodésico exploré los alrededores, allí las jaras cervunas y pequeños robles melojos rodeaban las formaciones de arenisca de formas caprichosas. Me subí en una de ellas y conseguí encontrar un petroglifo, un símbolo arañado en la piedra que ponía algo así como "CARMEN". Debe tratarse de un "hallazgo importante" porque he consultado

libros de arqueología y webs de Arte Sureño y no aparece en ningún sitio,...que ilusión.

Señalé donde estaba la Pilita de la Reina pero nadie se aventuró a subir por aquella piedra azotada por el viento. Seguimos cresteando por la sierra camino del Picacho, nuestro siguiente objetivo.



Nos adentramos en la cabecera de la Garganta de Puerto Oscuro, allí los robles melojos eran de mayor porte y también conseguimos ver ejemplares de brillantes y lustrosos acebos. Salimos de la garganta y continuamos por la cresta de la Sierra del Aljibe.

Allí, en la Herriza, el fuerte viento de Levante imponía sus condiciones, tanto a la

comunidad vegetal, a la animal como a nosotros. Nuestro andar se tornó alegre y ligero con ese viento en popa que nos despeinó sobremanera, tal es así que mientras escribo esta crónica aún sigo atusándome el pelo. A la vuelta sería distinto.

Fuimos subiendo y bajando por aquel sendero salpicado de simpáticas romuleas y escoltado por robledillas, pariente de encinas, quejigos y alcornoques pero de porte rastrero. A nuestra derecha un murete de piedra nos marcaba claramente nuestro rumbo, y allí a la lejos El Picacho, nuestro destino.

Aquel paraje aparecía salpicado de piedras de arenisca de caprichosas formas que el viento y el agua habían modelado a su antojo. Un paisaje muy pintoresco.

Alcanzábamos la cima del promontorio que teníamos delante..., y vuelta a bajar. Así fue durante un buen rato, cima-hondonadacima-hondonada..., lo que se dice un auténtico "rompepiernas". Y subimos a lo alto de un desolado promontorio rocoso donde sólo crecían gramíneas, allí hacía tanto viento que estuve a punto de perder las gafas.







El Picacho lo teníamos delante, ahí mismo. Nos parapetamos en una piedra a salvo de la furia del vendaval, miramos la hora y caímos en la cuenta de que nos había cogido el toro.

En ese momento decidimos emprender el camino de vuelta, nuestro andar sosegado entreteniéndonos con lo pequeño y deleitándonos con lo grande nos había pasado factura.

Bajamos de aquel lugar azotado por el viento y nos adentramos en un bosque de pinos. Entre las acículas moraban numerosos ejemplares de atrapamoscas, Estas, mecidas por el viento, parecían estar vivas, cualquiera las fotografiaba.

Mucho más adelante llegamos a un bosque de alcornoques a resguardo del viento. Allí, sentados sobre la hojarasca, dimos buena cuenta de nuestro exclusivo "menú de mochila". Tras la ingesta nos quitamos las migitas de pan de la boca y continuamos con nuestro deambular, queríamos alcanzar cuanto

antes la cresta de la Sierra del Aljibe e iniciar la bajada por la otra vertiente.

El viento en contra hizo nuestro caminar lento y pausado, en algunos puntos soplaba con tal intensidad que no podías casi ni respirar. Fuimos subiendo por aquella ladera desarbolada siguiendo el murete de piedra con la intención de llegar a unas enormes formaciones rocosas que vimos allí, muy arriba, en la cresta.

Supusimos que por aquel lugar podríamos llegar fácilmente a la cumbre e iniciar la bajada por la otra vertiente. Fue saltar entre las piedras al otro lado y el viento desapareció por completo.

Sorteamos manchas de jara cervuna y llegamos a una pista forestal. En ese momento, y a pesar de que nos quedaban muchos

la noche en aquel apartado lugar dejó de preocuparnos.







Atravesamos un bello bosque de roble melojo y en el mismo borde de la herriza, antes de llegar al alcornocal, localizamos lo que nos pareció un arco de piedra. Mientras los demás siguieron adelante Selu y yo nos aproximamos al lugar. Cruzamos la zona de matorral y llegamos a la enorme piedra.

No se trataba de un arco de piedra sino de un desprendimiento de hacía muchísimo tiempo. Nos colamos por él para pasar al otro lado. El techo aparecía adornado con ese tipo de erosión en la arenisca que se llama "nido de abeja", tiene otro nombre más técnico pero ahora mismo no recuerdo cuál es.

Dejamos la piedra atrás y nos reagrupamos con el resto de la comitiva. Seguimos por la empinada pista forestal hasta que llegamos a un lugar donde observamos muchas huellas de ungulados. Decidimos abandonar la pista en ese lugar y atajar por aquel paso de fauna, seguimos el cauce de un arroyo en lo más recóndito de la floresta.

Enormes quejigos cubrían aquellas laderas cubiertas de hojarasca. Y fuimos bajando y bajando hasta que nos topamos de nuevo con la pista.

Caía la tarde y decidimos visitar un lugar mágico: La Laguna del Moral. Subimos un pequeño repecho y allí estaba, quieta y serena en lo más profundo del bosque, la lámina de agua asemejaba un espejo.

Escoltada por alcornoques que la protegían como si de su guardia personal se tratase.



Y tras la visita a aquel idílico lugar tomamos, sin más dilación, la pista forestal ladera abajo que nos llevaría al punto de inicio de nuestra extraordinaria "aventura".

